

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

LA MÁS DESESPERADA FUGA DE LA COLUMNA CONVENCIONISTA

LA TERRIBLE CARRERA DEL 1 DE AGOSTO

Ni veredas, ni lomas, ni arroyos servían para escapar de los carrancistas

HAMBRIENTOS Y SIN RUMBO EN LA SIERRA

Los expedicionarios se "cortaron" en grupos y pasaron
días enteros extraviados entre las montañas

CAPÍTULO IV

Breve fue el descanso en La Zanja. A la una de la mañana del 1 de agosto, la columna se ponía nuevamente en movimiento, llevando como objetivo el pueblo de Valle de Santiago. Al salir de La Zanja, la columna cruzó un río por un puente de madera, siguiendo a buen paso por un camino ancho, y bordeado por corpulentos árboles. La vegetación era exuberante; un sol radiante entibiaba la atmósfera; todo parecía sonreír amablemente. La guerra fue olvidada unos instantes; jefes, oficiales y soldados cantaban alegremente.

El convencionismo

—“*Si Adelita se fuera con otro, le seguiría las huellas sin cesar...*” —cantaban los soldados.

—“*Y por tierra en un tren militar...*” —terminaban el doctor Cerisola y don Alfredo Guichenne. Y seguían:

—“*Y el muerto murió... y la viuda quedó sola; le dio mal de corazón...*”

—“*¡Y viva Villa, hijos de tales!*” —gritaba, entusiasmado, algún soldado.

Los más contentos, seguros de que el enemigo había quedado atrás, muy atrás, y que el camino seguiría así: ancho, plano y bordeados de árboles, fueron quedando rezagados. Entre éstos se encontraba los ayudantes del general en jefe, quien se había puesto nuevamente a la vanguardia.

Cerca de las nueve de la mañana, la retaguardia llegó a Jaral del Valle. Ahí, por vez primera desde la salida de la Ciudad de México, se habían de encontrar con gente amiga. Cuando menos es lo que consideraba viendo cómo de los jacales salían mujeres ofreciendo los más apetitosos manjares: leche fresca, quesos, enchiladas, pollo asado, frijoles refritos.

¡Cómo comieron todos! Tal era la felicidad, que oficiales y soldados vaciaban sus bolsillos a las vendedoras. La guerra parecía haber tocado a su fin. Después de Jaral de Valle, seguiría Valle de Santiago, ¿y luego? Nadie lo sabía; pero, en fin, después de aquella mañana de tranquilidad, y de aquel opíparo almuerzo, todo hacía creer que la buena estrella iluminaría el sendero de los villistas hasta llegar a donde se encontraba la famosa División del Norte.

DE NUEVO LA LUCHA

Sin embargo, una hora más había de durar la alegría. Dejando atrás a Jaral del Valle, se escucharon algunos tiros hacia Valle de Santiago; eran tiros aislados, según se podía escuchar; pero muy significativos. El enemigo, conociendo seguramente el derrotero de la columna villista, había lanzado sus fuerzas para detener a la vanguardia.

La retaguardia siguió avanzando, escuchándose un tiroteo, lejano, pero frecuente.

—“*¡Habrà combate, doctor!*” —dijo Durán al doctor Cerisola—. *Voy volando a ponerme a las órdenes del general.*

Y Durán abandonó al grupo y, a trote y galope, avanzó en dirección a Valle de Santiago.

A poco avanzar se encontró a varias mujeres que huían; luego a varios soldados dispersos. Nadie sabía a ciencia cierta lo que pasaba. Ninguno había visto al general en jefe, por quien preguntaba el oficial Durán.

Llegó hasta un pequeño puente, desde donde pudo ver que un grupo de jinetes a todo correr se dirigía hacia una loma a la izquierda y creyendo que se trataba de algunos oficiales de Estado Mayor se dirigió a ellos; pero apenas llegó a las faldas de la loma recibió una descarga; después otra. La situación era comprometida en extremo y volvió riendas, regresando hasta el camino carretero por donde avanzaban a toda carrera la caballería de Artalejo y la infantería de Banderas. Al llegar al puente, la caballería tomó hacia la izquierda, arremetiendo furiosamente sobre la loma donde estaba el enemigo y desde la cual había sido tiroteado Durán, mientras que la infantería, a buen paso y en línea de tiradores, seguía a lo largo del camino.

LA DERROTA

El combate se había generalizado. Acababa de pasar la infantería del general Banderas, cuando apareció el doctor Cerisola, quien, al frente de la ambulancia, pretendía seguir avanzando, hasta que habiéndole dado a conocer Durán la situación del enemigo, desistió, estableciendo poco adelante del puentecito el primer puesto de socorro.

Establecido el puesto, el oficial Durán marchó nuevamente hacia la loma de la izquierda, donde el combate era más recio. La caballería de Artalejo se lanzaba furiosamente sobre el enemigo una y muchas veces; pero los carrancistas, yaquis en su mayoría, rodilla en tierra y protegidos por los matorrales y cercas, hacían un fuego mortífero.

Durán trató nuevamente de localizar al general en jefe; pero, ignorando cómo se desarrollaba el combate, optó por volver al puesto de socorros, donde el doctor Cerisola y su ayudante Albino se multiplicaban aplicando algodones y atando vendas. Coroneles, capitanes, tenientes y soldados, cubiertos de sangre y algunos quejándose dolorosamente, estaban tirados en el suelo esperando la noble mano del médico.

Y mientras que Cerisola atendía a los heridos, el tiroteo empezó a disminuir: desde el puente se podía ver cómo los convencionistas empezaban a retirarse, primero en orden, luego en precipitada fuga.

El convencionismo

LA OBRA HUMANITARIA DEL DOCTOR CERISOLA

El doctor Cerisola y los oficiales que le acompañaban eran los únicos que habían quedado en el campo de batalla y pronto sintieron la proximidad del enemigo. Los proyectiles empezaron a llover y a causar daños entre los mismos heridos.

Cerisola dio órdenes de cambiar el puesto a un lugar más retirado. Algunos heridos fueron encamillados; otros montaron a caballo; los más fuertes emprendieron a pie. Sólo uno, cubierto de sangre de pies a cabeza y con el vientre destrozado, quedaría abandonado, no había manera de llevarlo. El médico, sin embargo, no quería abandonarlo. Lo tomó en sus brazos y descubriendo un tupido matorral dijo:

—*Lo dejaré aquí, cuando pase el peligro regresaré para curarle.*

Y el doctor Cerisola hubiera cumplido su palabra, pero en esos momentos se escuchó una descarga: Un plomo entró en la cabeza del herido. Ya le había llegado la hora de la muerte...

Heridos y ambulancia se pusieron en movimiento buscando un nuevo refugio. Las balas les perseguían, pero ya no con insistencia. En el campo de batalla reinaba el silencio, apenas interrumpido por uno que otro tiro.

Y mientras que los heridos caminaban, el médico seguía al lado de ellos, dándoles de beber, haciéndoles sentar.

Bajo un mezquite estaba un soldado con la camisa desgarrada, calzado en un solo pie, con la cara cubierta de lodo y llorando amargamente:

—*¡Me muero, señores, me muero!* —gemía el soldado, al mismo tiempo que mostraba el brazo derecho por el que, entre la mugre, corría un hilo de sangre. Cerisola hizo un nuevo alto; le curó rápidamente, le animó e hizo que se uniera a la caravana.

SIN RUMBO

Cuando ya habían caminado una hora, Durán y Cerisola se preguntaron:

—*¿A dónde vamos?*

Guichenne indicó que no había más que dos caminos a tomar: o volver sobre la carretera a Jaral para regresar hasta el pueblo, o seguir hacia el monte, donde era lo más probable que se hubieran refugiado los dispersos. Este

último camino fue el aceptado. Pero para llegar al monte, había que atravesar un llano donde la pequeña comitiva quedaría al descubierto y sería, sin duda alguna, blanco de las balas del enemigo, que ocupaba las lomas vecinas.

No había, sin embargo, otro medio de resolver la situación, y dándose ánimos unos a los otros, médicos, heridos, oficiales y civiles se lanzaron a toda carrera por el llano y llegaron a los primeros matorrales y luego a una región boscosa, donde se estaba a cubierto del fuego enemigo y donde se pudo ya caminar con más tranquilidad.

NI UNA NOTICIA DEL GENERAL EN JEFE

El oficial Durán se adelantó con la mira de llegar hasta donde se encontrara el general en jefe. Pronto encontró a una pareja de dispersos, pero ningún informe favorable pudo obtener. Siguió por las veredas hasta encontrarse frente a un grupo de oficiales; eran norteños. ¡Qué bien se les conocía por la indumentaria!

—¿Quién es el jefe? —preguntó Durán.

—Mi general Valle —contestó uno del grupo, señalando a un hombre como de treinta años, rasurado y no mal parecido.

—Mi general —dijo Durán, dirigiéndose a Valle—. Soy del Estado Mayor del general González Garza, y vengo con el servicio médico y la impedimenta; salimos los últimos y queremos incorporarnos. ¿Puede usted decirme dónde está el general González Garza y sus fuerzas?

—¡Sepa Dios, amigo! —contestó secamente el general Valle, y después de una mueca de indiferencia, agregó:

—Dicen que a González Garza le entró el miedo y echó a correr; y que uno de los suyos le dio un tiro, por cobarde...

—No —interrumpió vivamente uno de los oficiales de Valle—, González Garza se quedó, no sé si prisionero o muerto; pero no salió.

Valle se encogió de hombros. Invitó a Durán a echar pie a tierra y refirió a grandes rasgos las principales fases del combate de Valle de Santiago, que había sido una completa derrota para la columna convencionista.

No terminaba de platicarlo cuando llegó el doctor Cerisola al frente de la ambulancia, opinando los jefes la necesidad de continuar la marcha hasta encontrar un lugar seguro donde pernoctar.

El convencionismo

Tomada esta resolución, el general Valle, seguido de sus oficiales, montó a caballo y pronto desapareció entre el monte. A poco se puso también en marcha la ambulancia.

PENSANDO TERMINAR LA AVENTURA

Después de una hora de marcha por veredas, apareció un camino estrecho y sinuoso, entre un cerro y la laguna de Yuriria. Se aprovechó un recodo para hacer alto, comer lo poco que se llevaba en los morrales y dar de beber a las bestias que ya se negaban a caminar.

De nuevo y durante el breve descanso, surgió la pregunta:

—¿A dónde vamos?

Cerisola, Guichenne y Durán opinaron que lo más conveniente era regresar a la Ciudad de México, entrando por el estado de Michoacán, hasta llegar a Toluca o a Cuernavaca; pero sin abandonar armas y caballos. Otros opinaron que lo más conveniente sería alejarse un poco de aquel camino, abandonar ropas, armas y caballos y disfrazarse de arrieros y llegar hasta Celaya; tomar ahí el tren y seguir hasta la capital, dando por terminada la aventura. Pero Guichenne se opuso vigorosamente a esta última proposición. Había que andar a pie, y él, gordo, no daría un solo paso, ni a tiros.

Cerca de media hora duró el descanso, hasta que pasó un oficial del Estado Mayor de González Garza, apellidado Llinas, quien indicó a Cerisola que se debían de poner en marcha, porque los carrancistas seguían a los dispersos y pronto caerían sobre ellos.

El proyecto de regreso a México fue abandonado por el momento ante la proximidad del enemigo, y la ambulancia se puso en camino. Unos cuantos minutos después, y al atravesar un pequeño valle, se sintió al enemigo. Varios hombres a caballo, lanzando vivas a Carranza, aparecieron por la espalda de la pequeña columna, disparando sus armas.

El pánico se apoderó de los sorprendidos, empezando una carrera desesperada. Los que tenían mejores caballos se pusieron a salvo bien pronto, pero quedaban muchos rezagados. No pocos prefirieron abandonar sus cansados caballos, emprendiendo la carrera a pie.

El número de carrancistas a la retaguardia seguía aumentando; era también mayor el número de disparos.

¡Cómo zumbaban las balas sobre las cabezas de los villistas! ¡Y qué extraña sensación el sentir al implacable enemigo a unos cuantos metros de distancia de la espalda, sin moral para hacerle resistencia y sin fuerzas para contener el delirio de persecución!

UNA CARRERA DESENFRENADA

¡Qué carrera la de la columna convencionista aquel primero de agosto de 1915! Ni las lomas, ni el monte, ni los arroyos, ni las veredas servían para evitar que la retaguardia de la columna villista escapara de sus perseguidores. ¡Con qué tenacidad corrían los carrancistas tras de los villistas!

Durante tres o cuatro horas, las balas seguían silbando sobre aquellos desesperados que, a fuerza de azotar a las mulas y de hundir las espuelas en los ijares de los caballos, podían ganar terreno.

De vez en cuando quedaba algún rezagado: todos sabían que estaba condenado a muerte, y se detenían en su auxilio. Pronto la retaguardia con la impedimenta alcanzó a las infanterías del general Juan Banderas.

Entre los infantes el pánico era mayor. Por el camino los soldados de Banderas iban dejando armas, ropa, víveres, parque: todo cuanto los podía estorbar en la carrera. Las mujeres, todas desgrenadas, jadeantes, con el vestido en desorden, corrían al parejo de los hombres.

Varias veces Durán y Cerisola trataron de detener a los soldados, para esperar al enemigo tras de cualquier cerca, detenerlo para dar tiempo a que los infantes se pusieran a salvo. Pero no había quién escuchara; entre aquella multitud no había una sola cabeza que quisiera volver hacia atrás. Cada tiro que sonaba en la espalda les daba más fuerza para correr, les causaba más miedo. Muchas veces, en las veredas angostas, los soldados se disputaban el paso.

Poco a poco fue necesario ir abandonando no solamente la impedimenta, sino también las cajas del botiquín. Varias veces fue necesario que el doctor Cerisola y Durán detuvieran su marcha, echaran pie a tierra y en la mitad del camino, oyendo zumbir las balas a unos cuantos centímetros sobre sus cabezas, tuvieron que apretar los cinchos de las bestias de carga.

—*No hay que dejarles nada a esos que traemos atrás* —decía, optimista, Cerisola a Durán, mientras apretaba los cinchos. Luego volvían a montar y de nuevo a trote y galope.

El convencionismo

LOS DESESPERADOS

Pero ya avanzada la tarde, hubo necesidad de abandonar una parte de la carga. Una de las mulas desocupadas fue cedida a un soldado que, rendido de cansancio, se había puesto a la mitad del camino, con los brazos en cruz y que, desesperado gritaba:

—Aquí me matan, pero ya no sigo...

Más adelante se hizo necesario abandonar una caja de medicinas.

Poco después fue necesario hacer un alto. Una mujer, que montaba un caballo juntamente con sus dos pequeñas hijas, clamaba con desesperación:

—¡Señores, señores, ya mi caballo ya no quiere caminar, y aquí me van a matar con mis dos hijas!

Las niñas lloraban amargamente y casi tragándose las palabras, decían:

—¡No quiero morir, mamacita! —decía la más pequeña.

La mujer pidió a Durán y a Cerisola que pusieran a salvo a sus hijas, mientras que ella se ocultaba entre los matorrales para seguir a la columna tan luego como pasara el peligro. Accedieron el médico y el oficial, y tomando cada uno a una niña, continuaron la fuga.

Cerca de las siete de la noche, los perseguidores parecieron desistir de sus propósitos, ya que el tiroteo fue escaseando hasta que al fin terminó.

OTRA VEZ CON EL GENERAL EN JEFE

Sintiéndose libres de sus perseguidores, los soldados villistas empezaron a reunirse, habiendo encontrado un pozo de agua en torno del cual se agrupó la gente, sedienta y fatigada. Era tal la fatiga después de todo un día de correr, que la mayor parte de las mujeres y no pocos hombres, caían al suelo. Unos se revolcaban en la tierra, lanzando gritos lastimeros; otros imploraban al cielo.

Parecía como si todos hubieran perdido la fe. Sin embargo, unas cuantas horas después habían de reanimarse y darse la energía suficiente para seguir hacia el norte, en pos de la famosa división del hombre que los había llevado a la victoria en tantos y tantos combates.

Después de un breve descanso, el doctor Cerisola y Durán continuaron la marcha al tener informes de que el general González Garza, el jefe de la columna villista, estaba en una hacienda cercana.

Poco después de las nueve de la noche, Cerisola y Durán llegaron a la hacienda El Semental. En el portal de la finca estaba González Garza, acompañado de cinco o seis miembros de su Estado Mayor; en el patio estaba descansando la tropa de Canuto Reyes.

González Garza estaba cubierto de tierra hasta la cabeza, no pudiendo ocultar la fatiga del día. Sin embargo, parecía animoso. Creía que esa misma noche continuarían llegando los dispersos a la hacienda y que al día siguiente la columna estaría rehecha, y en posibilidad de continuar hacia el norte.

Solamente la ausencia de sus oficiales J. Lajous y José Agüeros le afligía. Lajous y Agüeros habían sido enviados a una comisión desde las primeras horas del día y desde entonces se desconocía el paradero de ambos. Pero esos momentos no eran para hacer conjeturas. Todos ansiaban el descanso, y poco a poco se fueron rindiendo al sueño. Unos sentados, los otros tirados en el suelo; los de más allá, recostados sobre las monturas de sus caballos.

OTRA VEZ EN MARCHA

Breve fue el descanso. A la una de la mañana, el general Reyes daba la orden de marcha. Momentos antes había llegado José Agüeros, sano y salvo.

La marcha durante las primeras horas del día 2 de agosto fue lenta, hasta llegar a la hacienda El Salitre, donde habían de hacerse nuevos planes.

Durante la marcha de la hacienda El Semental a El Salitre, Durán supo por uno de los ayudantes de González Garza que la noche anterior el general en jefe había llegado a El Semental solamente acompañado de tres o cuatro oficiales, muy desilusionado y que su desilusión había sido mayor al encontrarse en la hacienda, en lugar de sus fuerzas, a las del general Reyes, quien visiblemente le era hostil.

González Garza, según refirió el oficial a Durán, se encontraba tan decepcionado, que por momentos había pensado disfrazarse de ranchero y acompañado de varios amigos seguir el camino hacia el norte por veredas extraviadas, dejando el mando de la columna a Reyes o a Fierro. Pero al llegar a El Salitre, el general en jefe era ya otro hombre. Pidió el mapa de la región al general Cerisola y empezó a trazar la nueva ruta que había de seguir la pequeña columna, toda vez que se habían perdido las esperanzas de que se reincorporaran las fuerzas de Fierro y de Banderas.

El convencionismo

Por fin, el general en jefe resolvió que se debía cruzar el río Lerma aprovechando el vado que se forma en la compuerta a la salida de la hacienda. Las órdenes de marcha fueron comunicadas inmediatamente y la columna se iba a poner en movimiento, cuando se descubrió la proximidad de unas fuerzas: eran las de Fierro y la escolta de González Garza a las órdenes de Ceferino Moctezuma, a la que venía incorporado Lajous.

La columna villista volvía a rehacerse. Nuevas esperanzas de llegar al norte con toda felicidad animaron a jefes y soldados.

EN PÉNJAMO

El paso del río Lerma fue muy dilatado y molesto, debido a que el vado era tan angosto que solamente se podía pasar de uno en uno y no sin peligro. Fueron numerosos los jinetes que cayeron al agua, teniendo que ganar la orilla opuesta a nado. Ya al otro lado, los convencionistas sintieron que se habían alejado del enemigo y que el camino hacia el norte quedaba despejado.

Canuto Reyes, de acuerdo con los planes del general González Garza, y al frente de la vanguardia de la columna, enfiló hacia Pénjamo, con intenciones de llegar hasta las goteras de la ciudad, donde se encontraba un destacamento carrancista, para cruzar la vía férrea de México a Guadalajara y volver luego hacia el estado de Guanajuato junto a los límites con el de Jalisco. Pero los guías equivocaron el camino y ya oscurecía cuando la columna villista se encontró a las puertas de Pénjamo.

Descubierta la columna convencionista por las avanzadas carrancistas, se entabló un tiroteo. Reyes dispuso entonces que la columna entrara por las calles del pueblo para ganar el lado opuesto, cruzar la vía férrea y seguir la marcha, mientras que él, al frente de un grupo de hombres, se enfrentaba al enemigo, guardando la retirada. Pronto el grueso de la columna entró a las primeras calles de Pénjamo, mientras que en la estación del ferrocarril, Reyes combatía con un pequeño destacamento, única guarnición de la plaza.

Pero en aquellos momentos no había quién diera órdenes. Los villistas se metieron de un golpe por una misma calle. Era una masa compacta de hombres y de caballos a lo largo de la calle; pero nadie se podía mover, ni tampoco sabían en qué dirección moverse. Todos gritaban; todos señalaban caminos; pero nadie obedecía. Mientras tanto, en la estación seguía el tiroteo.

Por fin, algunos jinetes empezaron a brincar cercas; otros se lanzaron por varias calles. La columna se dividió rápidamente y nadie sabía a punto fijo dónde había de concentrarse.

—*Hacia las lomas, hacia las lomas* —gritaban desesperados algunos oficiales.

Pero era tal la oscuridad, que nadie veía lomas, y sí muchas calles angostas. Dos horas duró el ir y venir de los villistas por las calles de Pénjamo. El general Reyes, sin embargo, había logrado dominar al enemigo y sus fuerzas podían seguir la marcha, sin temer un ataque por la retaguardia.

EN NUEVOS APRIETOS

Durán, Guichenne y varios oficiales, seguidos de un grupo de jinetes se lanzaron hacia las afueras del pueblo. Trataron de orientarse, buscando la vía férrea; pero fue inútil y se dirigieron a un lomerío, donde encontraron un grupo de soldados que buscaban a sus jefes.

Pénjamo había quedado atrás y creyeron que ahí podrían pernoctar, esperando que aclarara el nuevo día para orientarse e incorporarse al grueso de la columna. Pero se sintieron muy cerca del enemigo y resolvieron seguir la marcha. Cruzaron un arroyo, tomaron un camino desconocido. No había la menor huella de que por ahí hubiera pasado el grueso de la columna. Sin embargo, resolvieron descansar unas cuantas horas al abrigo de un corpulento árbol.

Pero durante el descanso no hubo tranquilidad alguna. Guichenne indicó la conveniencia de proseguir la marcha, considerando que el enemigo, repuesto de la sorpresa, habría de iniciar la persecución.

Caminaron un par de horas. La noche era impenetrable; corría un viento frío; no se oía más que el andar lento, cansado de los caballos.

En una choza a la orilla del camino había fuego. Un viejecito se encontraba en el umbral. Durán le pidió informes; pero el viejo era sordo y a duras penas se le hizo entender lo que se buscaba, contestando que por ahí no había pasado nadie.

¡Qué desaliento para aquellos hombres! Sentíanse en la mitad de un camino desconocido, quizás muy lejos de los amigos y tal vez a pocos pasos del enemigo! ¡Después de tantos días de fatigas y de hambres, de desvelos y de sentir la muerte a cada instante, era para doblar al más valiente!

El convencionismo

Pero no había más remedio que seguir. Algún fin había de tener aquel camino, ¡con tal de que no llevara a Pénjamo!

Amanecía cuando el grupo de villistas llegó al borde de una barranca.

Tres hombres salieron inesperadamente a la orilla del camino.

—*¡Quién vive!* —se gritaron, sorprendidos, unos a los otros.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 15 de enero de 1933, año xx, núm. 338, pp. 1-2.